



FIDEL SEPÚLVEDA

Voz Clamante en el Desierto, cinco autos sacramentales.

Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile. 2006.

por Saide Cortés

Facultad de Letras.

Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago

saidecj@uc.cl

Nos proponemos¹ mostrar cómo el autor se identifica con el bíblico personaje de Juan Bautista para denunciar, a través de su mensaje poético, la situación desvalida en que se encuentra el ser humano en la actualidad. Dicha precariedad, permanente en el devenir histórico, no nos sorprende puesto que el hombre es igual en esencia, motivo por el cual deberá responder las mismas preguntas existenciales. Seguirá naciendo y muriendo, utilizando su libertad para buscar y encontrar. Seguirá tropezándose con las mismas piedras, llorará y soñará...

Sepúlveda hará en este sentido, un diagnóstico desde lo individual, catapultándolo a lo universal; acompañará de manera cercana a sus personajes para transmitir sus voces quebradas por la angustia, responderá con riqueza expresiva un aporte ético y valórico para provocar el cambio de ruta: sólo así será posible que el desierto florezca en el amor.

Fidel Sepúlveda (Cobquecura, 1936 – Santiago, 2006) fue un prolífico autor de una multigenérica composición literaria embebida en nuestras raíces folklóricas. Su aporte a las artes y a la identidad chilena y latinoamericana le han hecho merecedor de numerosos reconocimientos académicos a nivel nacional e internacional, como también de importantes premios tanto por su creación literaria como por su compromiso con la tradición nacional.

¹ Coloquio en Río de Janeiro. Ponencia «Un nuevo Bautista clama poesía en el desierto del desamor». Abril, 2007.

Un juglar que canta a lo divino con la maestría de un clérigo medieval, un apóstol que recorre el fatigoso camino de la poesía —la mayor de las veces—, exigiendo un corazón convertido, irrumpiendo con la buena nueva de la liberación en la caridad. En esta línea, barre las telarañas de la conciencia de una sociedad relativista y autodenominada auténtica. Advierte los peligros del secularismo, del hedonismo, del materialismo y del activismo. Exige que el yo se convierta en tú; que el egocentrismo se convierta en Cristocentrismo.

Para ello nos propone que el Cristo nacido en Belén, nazca en nosotros y en el hoy; que el Cristo muerto en el Gólgota, renazca en nuestro corazón y en el pueblo sediento. Un Cristo conmovedoramente humano, rigurosamente evangélico, esperanzadoramente redentor.

Reconocemos que la frontera entre lo que el mismo autor distingue como poesía a lo humano y a lo divino, nos sorprende y sobrepasa. En Sepúlveda lo religioso rompe los diques e inunda el desierto antropológico.

Este texto escoge dos columnas temáticas, por su unidad cristocéntrica, al interior de cinco autos sacramentales, obra cuyo lanzamiento coincidió con la Pascua del autor: *Auto Sacramental por Navidad* y *Auto Sacramental, Pasión y Vida del Hijo del Hombre*.

En el entendido de que el auto Sacramental² es un drama sagrado de un acto, cuyo propósito central es el sacramento de la eucaristía, estos autos hacen tangencial referencia al misterio eucarístico, aunque admisible por extensión del significado de sacramento como signo litúrgico. Sin embargo, corresponden a una manifestación literaria religiosa —genuinamente española— que toma forma en el Chile colonial para transformarse en una expresión popular, derivando a lo que se denomina «canto popular a lo divino», absolutamente vigente y de gran frecuencia en los ambientes populares. Al respecto, las obras que nos preocupan han sido representadas en templos y en ámbitos universitarios, siendo aplaudidas por toda la comunidad.

Comenzaremos el análisis con el *Auto Sacramental por Navidad*, refiriéndonos a la tierra árida, escenarios en donde este poeta Bautista anuncia su mensaje evangélico.

El autor primeramente, hace un diagnóstico del desierto, metáfora que apunta al ser humano, indudablemente. El espacio tangible aludido no se corresponde con lo que se entiende por desierto, grandes extensiones de arena, piedras, cactus... Aquí hay campo, tierra buena con imágenes de tierra arada; tierra que amamanta el bien; vida de la semilla. Se mencionan lugares típicamente campestres: pesebre, establo, pajar, fuentes y graneros. Asimismo, instrumentos de labranza.

Los frutos también están presentes como el trigo y la uva. Y entre las flores, la rosa y el clavel. También hay árboles como cedros y pinares. No faltan animales, hay ovejas, bueyes, gallo, asnos y corderos. El dulce panal y la miel de abejas. En el cielo, pájaros; en el mar, peces. En definitiva el desierto de Sepúlveda no está en la aridez del paisaje. La

² Según Lope de Vega: «Comedia a honor y gloria del pan» y según Calderón de la Barca: «Sermones puestos en versos, en idea representable, cuestiones de la Sacra Teología...» (236).

cosmología se funde con la antropología. El mundo es interior, quedando al descubierto la miseria humana, el mundo del hombre, entonces, es este desierto muerto de duda y de pena; es el mundo peligroso e incierto de la noche borrascosa; es el valle de cemento que se recorre sin destino; es la inmensidad traicionera; es la tierra madrastra que le niega sus frutos; es la soledad súper poblada; es el mundo egoísta de pecado; mundo de gente sin gente; mundo de indiferencia en la fe; mundo cruel que apedrea, maltrata y traiciona a sus profetas. Este es el mundo al que viene Dios a entregarse por entero como víctima inmolada por amor.

Los personajes que intervienen en el *Autosacramental por Navidad* son cuatro, a pesar de que encarnan a los tres Reyes Magos. Personajes típicamente chilenos. Un Minero que simboliza el norte del país; un Pescador, el sur; un Campesino, el centro y un Muchacho a la ciudad. Nada poseen, nada tienen para ofrecer. Se diría que lo único que pueden entregar es su aflicción, desorientación y frustración existenciales. Ellos están conscientes de su miseria y por eso buscan, buscan desesperadamente. Tienen hambre y sed de luz, verdad y vida sobrenatural. En este sentido, existe coincidencia con los Sabios de Oriente. Así es como dejan, su mina, su arado, su remo y su cemento para ir en búsqueda de aquella Luz encarnada.

El personaje del Minero está inspirado en la bienaventuranza. «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mateo 5,6). Dice el Minero en forma reiterada: «Me duele una sed muy larga...busco un poquito de agua...Traigo sed y traigo hambre» (Sepúlveda, 2006: 25). El Minero abandona su mina para encontrar ese «filón que llenará el corazón» (25), después que «curvado bajo la tierra» (25) nada encontrara en su salitrera. Lo mismo le aflige al Pescador, porque busca y si encuentra, no basta. Por eso dirá en su frustración: «pero los peces no bastan... pero la inmensidad no basta» (27). Su desorientación lo lleva a afirmar que rema sin saber hacia dónde y hacia cuándo, surcará la mar en medio de «la noche cerrada, esquivando la borrasca» (26). Por tanto, sin un timón que conduzca a puerto, estará perdido. Se necesita que el Mesías nazca en el corazón así como nació en Belén. «Espero que una luz nazca / que la mar se tranquilice / que el mar que me da el sustento / me dé también el contento / en lo hondo del corazón» (26). Asume la figura de Pedro que quiere caminar sobre las olas, pero su falta de fe lo hunde: «Esta inmensidad se hunde / y de repente traiciona / yo quiero andar en el mar» (27). Este nuevo Pedro sueña con un mar diferente, personalizado, verdadero marco apocalíptico. «Soñé que encontraba el mar / apacentando los peces / y la mar me sonreía/y entre los peces venía / Aquel que ha sido / el que es» (30).

El Campesino por su parte se presenta con el mismo esquema de búsqueda motivada por la frustración. «Siembro la buena semilla / y me esparcen la cizaña... le doy calor a las plantas / y la noche las escarcha» (27). Por tanto todo esfuerzo se aborta irremediablemente sin la ayuda divina. Su angustia por la sequedad espiritual se expresa en la tierra que «se seca y resquebraja» (27) por falta de agua. Así la tierra se hace madrastra, tierra seca sin fruto. Pero el Campesino no pide en su desesperación una lluvia abundante, sólo se confirma como Lázaro para refrescar su tormento con «un rocío que me refrescara el

alma» (27). Por ello deja todo: «Ha dejado su semilla / ha dejado su familia» (29). Sabe que el fruto que desea conseguir, no es el fruto que le satisfará: «Dígame qué puede ser / que labro y labro en la tierra / en los valles y en las sierras / y el fruto no puedo ver» (28). Sin embargo lo reconoce y proclama en el sacramento de la eucaristía: «[É]ste es el fruto divino / fruto del mejor sabor / uva de dulce licor / pan de inmaculada harina / hija de espiga divina/ hijo del más puro amor» (39).

El Muchacho de la ciudad rompe aparentemente la trilogía de los Reyes con su presencia pero lejos de ello los ilumina y representa en el hombre de hoy. Él es quien hace la crítica más exacerbada, entregándonos un lapidario diagnóstico del entorno y de sus habitantes, sellos de la misma moneda: la ciudad y su gente.

Aquí el desierto se hace más nítido, define su crisis existencial que agoniza en medio de la incomprensión y del egoísmo generalizado. Este egocentrismo se simboliza en las puertas que no se abren, no sólo como recuerdo al rechazo a la familia de Nazareth que buscaba un lugar para que naciera el Niño, sino que no se abren hoy para amar a Dios y al prójimo: «Pasó una familia / Y nadie abrió la puerta / Pedía alojamiento / Y nadie abrió la puerta La Madre iba enferma / Y... Los sorprendió la noche / Y nadie abrió la puerta / Hacía mucho frío / Y nadie abrió la puerta / Tenía sed y hambre / Y nadie abrió la puerta» (31).

En otras palabras, hay aquí una referencia al juicio por amor. Se insiste, en este mismo sentido cuando el poeta hace un perfil del hombre y de la humanidad, auténticos desiertos secos de compasión y generosidad: «Las puertas están cerradas / Las ventanas están ciegas / Los postigos están sordos / Las llaves están selladas / Y las manos apretadas / Y las bocas apretadas» (27) (las disculpas son varias, entre ellas la falta de tiempo y real interés). En síntesis una tibieza vomitiva: «Yo estaba algo ocupado/ Para haberlos alojado/ Los habría alojado / Pero me hallaba ocupado/ Si me hubiesen anunciado / No estábamos informados» (33).

Los ciudadanos viven bajo la ley del más fuerte: «...moviéndose a pisotones / avanzando a empujones / gruñéndose y mordisqueándose» (28). Todo ello por la evidente falta de diálogo que acrecienta la deshumanización «Cada vez en más desierto / este recinto poblado / poblado súper poblado / poblado de soledades / soledades apretadas» (28). La paradoja es un recurso estilístico muy apropiado para definir soledades entre multitudes. De allí el grito desesperado: «¿Dónde encontrar un amigo?... ¿Dónde encontrar un rincón que refresque el corazón?» (28). La búsqueda llega a niveles exasperantes, porque vislumbra que hay algo más. Sin embargo, no se desanima: «recorro calles y calles/ aplano calles y calles... / pero no hay nada digno de ver» (29). Es tal la suciedad del ambiente que incluso llega a afirmar: «tengo sucia la mirada» (29), aunque también pudiera entenderse que él es otro más de la gran urbe de cemento desértico, definido en acertadas antonimias: desierto-poblado; poblado-soledades; ciudad-ruindad; amigos-enemigos. Del mismo modo que en los personajes anteriores, él tiene esa esperanza que será el bálsamo que sanará su herida: «... siento una onda muy honda / tan honda que como ganso / a expresarla no alcanzo / es una onda muy chora / que la cacho sólo

ahora / es la onda del amor / nunca me sentí mejor» (40). Entendemos que el propósito del autor, en la transcripción del habla juvenil popular, no es otro que poner en el hoy su mensaje bautista. Mensaje principal y mandatario: el amor.

Este nuevo Bautista lo repite sin cesar a través de su obra «La puerta se abre por dentro». La decisión es interior, libre y salvadora. El ejemplo está en el humilde establo donde nacerá el Niño Dios: «En el establo cabían todos / el establo no tenía puerta /...que era la acogida / que era el amor» (32). La respuesta al Amor es una respuesta de amor. No se debería buscar un cielo fuera de nosotros, sino en nosotros mismos. La alegría, la paz no está en recibirla sino en darla: «Vosotros, lo que buscáis lo tenéis / ¿Usted tiene una mano? / Tiéndala a su hermano / ¿Usted tiene corazón? / Comparta con su hermano/ ¿Usted tiene pan? / Pártalo con su hermano» (32-3).

Hemos señalado una antropología desde cierto punto de vista preocupante. Una humanidad caída en el pecado: egoísta, insegura, insatisfecha, indiferente. Sin embargo sabe que hay algo más y lo busca con ansiedad. Los peligros la acechan. Le hacen caer alterando sus propósitos. Busca donde no debe, encerrándose en la noche oscura de su corazón. Sin embargo, se deja iluminar por la estrella de Belén, por la Luz del mundo, nacida en un humilde pesebre; en ella recibe la gracia y se deja llevar por el amor que ésta encierra. Aquí se produce el encuentro, el éxtasis, la experiencia del amor pleno. «Amor, todo dice amor» (40).

Se observa en estos momentos de dolor, esfuerzo y unión, las vías místicas denominadas: purgativa, iluminativa y unitiva, respectivamente.

¿Y qué espera Dios de este hombre? Quiere un hombre que ame tanto a la Verdad encarnada como a sus hermanos; que sepa vivir en la alegría y en el llanto; que sea sincero en cualquier circunstancia; que ilumine con su ejemplo; que sea paz en un mundo de guerra; que se levante del pecado; en definitiva, un hombre de fe y de obras. Dios espera, por tanto, una respuesta generosa de una humanidad que debe estar siempre de pie, dispuesta a caminar junto a otros para buscar amor, sólo en la entrega generosa.

Fidel Sepúlveda demuestra que Dios está en todo el territorio y en todos los territorios. Llama en la salitrera, en el campo, en el mar, en la gran ciudad; llenando plenamente el corazón. Sólo se necesita que ese corazón se abra. Del mismo modo el desierto muerto podrá derrotar su duda, su pena y desamor mediante la fuente eterna de agua viva. Sólo así será la buena tierra, la tierra fértil que dará frutos sabrosos.

El *Auto Sacramental Pasión y Vida del Hijo del Hombre*, al igual que el anterior, es tanto cristocéntrica como antropocéntrica. Cristo es el personaje central y todos los otros pueden sintetizarse en uno solo: el hombre. Cada uno de ellos en su diálogo con Cristo, muestra la precariedad del ser humano frente al mundo y frente a sí mismo.

Cristo también nace hoy y nacerá en fecha futurista y sucederá lo mismo: «Y como hace 2000 años, no hay poblado lugar que lo reciba... y más allá del siglo XXI» (44). El corazón del hombre no está dispuesto ni para ser pesebre, ni para cobijar al hijo del hombre que no tiene todavía lugar donde reclinarse su cabeza y Sepúlveda se atreve aún más: «A lo mejor tampoco tiene lugar donde morir» (48). El hombre no sólo olvida al

Padre, lo sustituye, porque su carencia de fe le impide entregarse a la protección divina como los lirios del campo y las aves del cielo. Si antes lo cambió por un becerro de oro, ahora tiene otros resguardos, otros ídolos. No se arriesga: «Toma un seguro / La última providencia que has inventado» (47).

De allí que se nos muestre un Cristo triste, solitario, dolido. La herida del costado sigue abierta, la lanza sigue penetrando, la crucifixión es permanente por el pecado del hombre: «Triste anda el hijo del hombre. Y preocupado se nota... se presiente abierta en el costado, por un lanzazo, por una granada». Esta alusión a las armas modernas, clava la cruz en el Gólgota de hoy, la pasión no termina con la crucifixión, ésta se hace permanente en las acusaciones tales como: «nos arrojan a la intemperie, «me dieron pocos talentos» (48), «antes no había smog» (49), «tu inocencia me molesta» (50), «tus palabras son escandalosas» (51), «detesto los modelos de orden, armonía, belleza» (51). La rebeldía del hombre se transforma en crueldad. No lo entiende ni Judas, ni Pedro ni Pilatos, ni Magdalena. El único que lo entiende es el Demonio, ahondando su dolor. Este tiene tal poder que se ríe de todo aquello que signifique honestidad y generosidad. El Cristo del siglo XXI no tiene ningún tipo de acogida: ni a su persona ni a su palabra. La tragedia es que no hay hombres que quieran comprometerse, porque el materialismo los ha deshumanizado, los ha desdivinizado. «No hallo sembradores. Le tienen miedo a sembrar, a sembrarse... No encuentro hombres... prefieren sucedáneos» (47). En este mismo sentido, emplea una frase popular, alterándola «Cuando más le conozco a los hombres más admiro a los pájaros» (47). El mundo no se acuerda que tiene un Padre, y sólo confía en su improductivo quehacer. Vive, por otra parte, en un ambiente contaminado, destruido por él mismo. Sólo recién toma conciencia del atropello ecológico. «Tú has permitido que te hagan carroña el planeta... Antes no había smog» (49). Hasta este momento de la obra, el Bautista denuncia y acusa, pero su mensaje termina siempre alentador. Si bien el hombre sufre, por esa misma razón Dios lo apoya orientándolo amorosamente: «...sentiríais lo celestial acariciando vuestra espalda encallecida y os iríais con una estrella a nuestros hormigueros. Lo importante de siempre es del corazón... Si los hombres fueran en el amor, habría pan y espacio para todos» (46-54). Cristo reconoce la debilidad humana y llama al hombre como solución para otros hombres. Le ofrece acabar la soledad, prometiéndole seguidores en la fe, como lo hiciera con Abraham: «Sentirás la compañía de multitudes como estrellas, como arenas» (57). Cristo confía en este hombre, diciendo «Hay un lugar para el hombre nuevo». La única condición es que deberá nacer de nuevo, no por la carne sino por el espíritu al igual como se le dijera a Nicodemos.

El árbol del jardín del Paraíso estaba vedado para nuestros primeros padres, el árbol que propone Fidel Sepúlveda no es el árbol del bien y del mal, sino sólo del bien. Mensaje esperanzador, porque representa en el verde de su follaje el equilibrio ecológico, la noble vida de un ser que da vida, aroma y hermosura. Los elementos de matiz positivo se ven subrayados cuando por medio de la resurrección, se derrota la muerte. «La vida florece desde unos brazos en cruz... en el morir está el vivir» (56). Principio básico de nuestra fe, porque una lápida no apresa una vida redimida. En la persona de María Magdalena,

en cierta medida representante de nuestra naturaleza caída, pone como corolario una declaración que bien podría sintetizar nuestra propuesta: «El sepulcro estaba abierto / el mundo: un desierto muerto... / No lo podía creer... / Resucitó al tercer día / nos renació nuestro ser» (72-3).

Al finalizar, podemos afirmar que ambos auto Sacramentales nos señalan un mismo mensaje poético, aunque con matices diferentes. El hombre, el mundo, es un desierto vacío, solitario, triste, muerto... Por esta misma situación sufre al reconocer su impotencia y desorientación en un entorno asfixiante, lleno de peligros. En este desierto sin fe, se escucha una voz poética que grita un mensaje de hermosura lírica con fuerza apelativa y fidelidad evangélica. Voz clamante en el desierto personal y colectivo, que se alimenta con la miel silvestre del lenguaje popular para vociferar al hombre de hoy y de siempre, al de aquí y al de allá, la siempre buena nueva del amor. Mensaje esperanzador que pasa por una opción libre y comprometida.

REFERENCIAS

Biblia de Jerusalén. (1967). Bilbao.

Calderón de la Barca, Pedro. (1959). *Obras Completas*. Madrid: Aguilar.

Recepción: octubre de 2007

Aceptación: diciembre de 2007